Domingo 25º del Tiempo Ordinario - Ciclo A
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

COMENTARIO

No ignoro, queridos lectores, que destaca hoy por su importancia didáctica y por el colorido de su redacción la lectura evangélica del presente domingo, pero debo detenerme brevemente en la segunda, la de que San Pablo dirige a los filipenses. Pensad seriamente lo que el Apóstol dice respecto a su vida: *Me encuentro en ese dilema: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros.* Meditado el contenido, cada uno debe preguntarse ¿pienso yo así? Plantearse sinceramente esta cuestión supone un gran atrevimiento personal, sin duda un riesgo. Es la aventura de la vida. Pero ¿qué es la vida biológica? ¿Vale la pena arriesgársela? ¿Imagino aprecio y deseo una existencia liberada del espacio/tiempo en la que ahora estoy sumergido?

La parábola evangélica que aparece en la misa de hoy acostumbramos a llamarla la de la envidia.
En la lista actual de los pecados capitales aparece la envidia. Incluirla es una cuestión de pedagogía catequética. No es dogma de Fe, ni mucho menos. En la vida cotidiana del común de los humanos, tal defecto, creo es oportuno llamarla así, la envidia es cosa de niños. Principalmente de niños que tienen otros hermanos en su casa. Hasta en el lenguaje coloquial se la llama pelusa. (5º sentido según RAE). Con frecuencia escucho de ciertos adultos definirse seriamente como personas que no tienen envidia. Malo, pienso de inmediato, habrá que esperar un poco, observando. Y no tarda uno en comprobar que obran envidiosamente y es aquí donde está el mal. No en el sentir sino en el obrar.
Si el orgullo y la vanidad son tendencias innatas de mayor o menor intensidad en todo quisque, en consecuencia, para conservarlos necesitan la dentera espiritual de la envidia oculta. Y tal proceder no nos debe extrañar, es un constitutivo humano que permite y ayuda al limitado progreso personal. El Papa Francisco se refiere a quienes permiten que viva, germine y crezca silenciosamente la envidia en su interior, con el simpático calificativo de trepas.
No voy a repetir, ni siquiera resumir la parábola. Supongo que si no la conocéis, vais ahora de inmediato a leerla. Me limitaré a ofreceros algún comentario. Sinceramente, la actitud de los que protestan responde a la llamada justicia equitativa, en el terreno de la ética o al agravio comparativo en el de la política y de esta manera progresa social y culturalmente nuestro mundo.
"Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos", dice el Señor, mediante Isaías*. "Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo",* añadirá San Pablo. Y en actitudes como estas nos distinguimos de quienes no tienen Fe, o no quieren vivir de acuerdo con la Fe y proclaman en su defensa, que hay que ser fiel a los signos de los tiempos, que, generalmente, no son los signos del Espíritu, no lo olvidemos.
Si, pues, la envidia reside en nuestro interior ¿de qué manera lograremos dominarla, ya que suprimirla es imposible, pues está firmemente enraizada en la naturaleza humana y se escapa siempre cual serpiente escurridiza?. Aplicando la

generosidad aunque nos cueste, allí y con quien nos irrita, al observar sus éxitos, superiores a los nuestros.
Perdonando a quien creemos que no se lo merece, pero que si así obramos, nos situamos por encima de criterios éticos o políticos, en el nivel trascendente que se nos permite a nosotros, desconocidos de cualquier animal, por semejante que su ADN sea casi idéntico al nuestro.
Obrar así es imitar a Dios que nos advierte "*mis caminos son más altos que los vuestros"*
El obrar del cristiano muchas veces no es lógico, es paradójico, como paradójicos con frecuencia son los resultados

TEXTOS

del libro de Isaías (55, 6-9):

Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras esté cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón. Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos –oráculo del Señor–. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes que vuestros planes.
.

de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (1,20c-24.27a):

Cristo será glorificado en mi cuerpo, sea por mi vida o por mi muerte. Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en ese dilema: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo.

del Santo Evangelio Según San Mateo (20,1-16):

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: "Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido." Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: "¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?" Le respondieron: "Nadie nos ha contratado." Él les dijo: "Id también vosotros a mi viña." Cuando oscureció, el dueño de la viña dijo al capataz: "Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros." Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: "Estos últimos han trabajado sólo una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno." Él replicó a uno de

ellos: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?" Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.»